

SUSCRICION.**MURCIA.**

Pago adelantado.

Un mes... 75 céntimos.

Trimestre. 2 pesetas.

FUERA.Suscripcion directa,
un trimestre 2 pesetas;
por conducto de comi-
sionados, 2 pesetas 50
céntimos.

Núm.º suelto 20 céntos.

**REGALOS**de libros en todos los
sorteos de la lotería
nacional.**OFICINAS**

calle de Zoco, núm. 5.

Las suscripciones de
trimestre se norman
para finalizar por los
del año.

EL CHOCOLATE.

PERIODICO DOMINGUERO Y MADRUGADOR.**EL HOMBRE DE LA MALETA.**

(CONTINUACION.)

II

Los deseos no cumplidos pasan ni mas ni menos que el excaso número de los que logramos satisfacer; no consiente la naturaleza que el mismo aguijon nos estimule de la misma manera mucho tiempo y nuestra curiosidad tuvo como todos nuestros deseos y pasiones, su período álgido y como todo lo que ha tenido su plenitud, empezó á decrecer; y decreció en tales términos que ya nadie se cuidaba del misterioso huésped, cuando una mañana, sirviéndonos el almuerzo, nos anunció el ama que se habia marchado de Valencia.

—Cuándo? preguntamos.

—Anteayer, en el tren de la madrugada.

—Mas ruido hizo al venir que ha hecho al irse, dijo Ricardo. Ha estado 14 días en Valencia, no sabemos por qué vino, por qué se vá, ni qué ha hecho; entró sin saludarnos, no nos ha hablado ni una vez, se marcha sin despedirse y se lleva consigo la palabra del enigma. Yo creo que ni aun su nombre sabemos. ¿Lo sabeis alguno?

—A mi me lo dijo, interrumpió Alfonso nuestra huésped.

—¡Ojalá exclamamos, sabe V. su nombre y no nos lo ha dicho!

—Pues, si señor, empezó á decir Alfonso con aire de importancia, á mi me lo dijo y van Vdes. á saber como fué esto. Empezaré por recordar á Vdes....

—Por Dios, ama, exclamó Guirao, no empiece V. por recordarnos nada, empiece V. por decirnos lo que queremos saber. En vez de encajarnos un discurso diga V. sencillamente, se llama Fulano de Tal.

—Oiga V., D. Ricardo, replicó Alfonso escocida, yo no soy ninguna charlatana ni le voy á encajar á V. nada, que todo el mundo sabe que á mí no me gusta meterme donde no me llaman; y si yo no me hubiera mezclado en la conversacion de Vdes. no me hubiera V. cortado la cara; pero descuiden Vdes. que no me volverá á suceder, que es la primera vez que me dan un sofoco en 14 años que tengo huéspedes.

—Pero, por Dios, Alfonso, le dije, no se enfade que no ha sido para tanto, y díganos como se llamaba el hombre de la maleta.

—Es, D. Pedro, prosiguió volviéndose á mi la huésped, que cuando una se ha criado de cierta manera le es muy sensible verse tratada tan sin miramientos, y mis pañales....

—Sí, Sra. D. Alfonso, interrumpió Alexis, todos nos figuramos como tendria V. los pañales y sabemos que V. es ó ha sido una gran cosa y que ha venido á menos; todo el que ha estado en casa de...

huéspedes sabe esa historia que es la de todas las patronas, así es que puede V. dispensarse de contarla y decirnos lo que sepa del caballero que se ha ido.

—Pues bien, se lo diré á Vdes. y lo diré como deben decirse las cosas, conforme pasaron y con todas sus circunstancias. Cuando vino ese caballero yo le di tiempo para que se aseara y limpiara el polvo y después me presenté y le dije con mucha política, porque han de saber Vdes.....

—Ama, su nombre es lo que queremos saber, dije ya impaciente.

—Eso mismo fué lo que yo le dije, cuando él me preguntó qué quería, su nombre de V. es lo que quiero saber, caballero.

—Y él me contestó ¿para qué le hace á V. falta mi nombre?

—¡Toma! le repliqué, para lo que hace falta siempre saberlo, primero para llamarlo á V.

—Pues llámeme V. como quiera.

—Y segundo, continué diciéndole, porque está mandado que las que tenemos huéspedes demos parte de cómo se llaman los que recibimos en nuestras casas. Y á propósito de esto, D. Pedro, voy á traerle á V. el reglamento para que me entere V. bien, porque como yo no puedo leer sin gafas y enredando el gato rompió las mias que las tenía en el tabaque.....

Y el ama se volvió para traer no se que, pero Alelis cerró la puerta y le dijo: concluya V. de una vez, díganos lo que le dijo y entonces traerá el reglamento.

—Pues bien, continuó el ama, entonces fué cuando me dijo como se llamaba.

—¿Cómo le dijo á V?

—Me dijo un nombre muy raro y no me acuerdo, pero les digo á Vds. que era un nombre muy raro.

La Alfonsa se calló y nos miró como diciendo ¿qué tal?

Nos miramos como diciendo, pues quedamos lucidos!

III

Trascurrieron dos años. El hombre de la maleta había pasado á ese oscuro limbo de nuestra alma donde van á parar los deseos no satisfechos y esos infinitos sueños de nuestra alma que no han de realizarse nunca ni llegan á tener vida fuera de la imaginación que los concibe; nuestra sociedad de Valencia se había disper-

sado y yo continuaba mis estudios en Madrid.

Era una de esas noches de monótona lluvia que en provincias convidan á buscar la cama y que en la coronada villa hacen el agosto de los empresarios de teatro y de los dueños de café; y en uno de estos, situado al extremo de la calle del Arenal saboreaba un detestable brevaje y escuchaba unos actores mas detestables todavía que ejecutaban no se qué. Había ido allí en busca de un amigo, y aburrido de esperarle miraba mas á la puerta que al pequeño escenario cuando con grande sorpresa mia vi entrar nada menos que al misterioso viajero de Valencia. Le hubiera reconocido entre mil y aunque hubiera pasado mucho mas tiempo, en el fuego singular y en la extraña inquietud de su mirada. El tiempo no había pasado en valde para él, aquellos dos años habían impreso profundas huellas en su rostro, cuidados ó pesares habían ensanchado su frente y plateado sus cabellos. Verdaderamente las divisiones del tiempo no pueden ser mas arbitrarias, todas las horas tienen 60 minutos y ninguna tiene igual duración que la siguiente, y aquellos dos años debían haber sido largos para aquel espíritu agitado, porque la verdadera medida del tiempo está en el mayor ó menor número de las modificaciones de nuestra alma.

Levanteme y llegándome á él le dije:

—Caballero, todas las mesas están ocupadas como veis; pero yo creo cumplir con un deber de antiguo conocido vuestro, invitandoos á sentaros en la mia.

Mírome y.

—No recuerdo vuestra fisonomía, me dijo, ni cuando he tenido el honor de conocer á V.; de todos modos le agradezco su atención y voy á aprovecharme de ella porque estoy muy fatigado.

Sentóse efectivamente en la misma y por algunos segundos nos miramos en silencio.

(Se continuará.)

P. D. C.

LOS ENTRES.

¿No es verdad, lector entre indulgente y desconfiado, que te ha venido á sorprender un tanto el epígrafe de este artículo?

Sin embargo, yo te juro que no te hubiera acontecido así, si como yo, hubieras hecho un estudio particular del siglo en que vives y supieras que en él son tantas y tan diversas las opiniones del vulgo en achaques de gusto literario, que apenas sabe ya el pobre escritor á qué atenerse ni que inventar para poder satisfacerlas todas.

Dicho sea esto en disculpa de la que pudiera parecer mania de quererme singularizar tratando asuntos raros.

En el día, si se escribe de política, ¡este asunto es tan trillado y de tan fácil desarrollo! todo su secreto consiste en lanzar cuatro insultos á cuatro personalidades; en usar cuatro frases huecas de *presupuestos, reformas y adelantos*; en tener la suficiente osadía para no decir nunca la verdad; y en tenerla igualmente para negar á pié y á caballo la existencia de Dios: — ¡Idea en cuya exencia solo creen ya los pobres de espíritu! — Si, por el contrario, se escribe algún artículo de ciencias, no falta quien al verle exclame: ¡Oh! arriesgada es la materia!... seguramente deben ser muchas las pretensiones de su autor. Si se trata de religion, es un asunto trasnochado y huele demasiado á sotana y á boina blanca. Si de arte, ¡ba!... ¿también artista? Y si de literatura, ¡qué mania la de este escritor, el echarla siempre de crítico, haciéndonos creer que sabe lo que todo el mundo ignora! Ha visto usted?...

Tales son, en resúmen, las maliciosas observaciones que, respectivamente, suele hacer el público á la vista de los distintos escritos, pertenecientes á los diversos géneros mencionados; y hé aquí la razón por la cual, yo, que conozco á fondo sus irónicas tendencias, *entre* escribir un artículo de política, para que me llamen enfático, ó de ciencias para que me tachen de presuntuoso; *entre* escribirlo de religion para lograr con él una plaza de neo, ó de asuntos poéticos para lograr entonces la de memo; *entre* uno, en fin, de materias trilladas y otro de original asunto, he preferido por ahora escribir este sobre «los entres.»

No confío en su mérito, pero de todos modos, si la intencion del vulgo es censurarle, lo haria aunque se hallase escrito á estilo, no digo de Flores, de Cervantes ó de Ciceron, sino hasta del mismo Meternich.

¡Los entres! Inútil será que busqueis en el diccionario el singular de esta voz, si quereis saber hasta donde llega la extension de su dominio. Buscadla mas bien en el idioma popular, en el enérgico idioma de los proverbios, y hallareis entonces el vasto imperio de su significacion.

¿Qué es «entre»? Preguntad á la gramática de la lengua y solo os dirá: una preposicion. Preguntadsele al pueblo, y os contestará, tal vez *entre* confuso y *vacilante* y con terminos *entre* vulgares y exactos; os contestará que la voz «entre», es uno *entre* instrumento y esencial recurso de que se vale para expresar todas las gradaciones de sus ideas todas. — Si esta opinion no os satisface, acudid al estudio de las costumbres del vulgo, de sus dichos y proverbios y os convencereis entonces por vosotros mismos de la inmensa verdad contenida en el popular aserto: entonces convendreis conmigo en que para hallar el verdadero valor de ciertos términos, como el propuesto y sus análogos de *peros, bas, pues* y *cuasis*, es preciso hacer algo mas que recurrir á las frias definiciones de la Academia; es preciso buscarlo en el rico y nunca bien ponderado vocabulario del pueblo. Porque, por ejemplo, lo que la primera ha podido tan solo calificar de adverbio, prestó sin embargo, materia á Larra para escribir uno de sus mejores artículos.

Buscando, pues, nosotros en el vulgar idioma la significacion de la palabra en cuestion, hallarémos en primer lugar, ser esta la expresion y á la vez el paliativo de toda duda.

Cuando se ignora la clase á que pertenece un color, se le suele llamar *entre* blanco y negro: expresion que luego se ha extendido á designar cualquiera mediania y en general todo estado de perplejidad.

Llamad, sino, falsario al hombre de dos caras políticas, y no os entenderán todas las personas: llamadle «*entre* blanco y negro,» y al instante será conocido por todo el mundo.

Porque la voz «entre» constituye en el lenguaje usual *entre* tosco y por otra parte el mas preciso, uno de sus mas principales elementos: elemento de que se ha servido el vulgo para formar cuasi todas sus perífrasis.

La situacion por ejemplo de un cuerpo de ejército combatido á la vez por dos enemigos; la de un criminal sentenciado en dos tribunales; la de un ministerio atacado por dos opuestos bandos; la de un corazon luchando con dos pasiones encontradas; la de un deudor *entre* dos acreedores; la de un discípulo examinado á la vez por dos graves licenciados; la de un jugador de monte en cuyo fondo están interesados dos banqueros, todas, en fin, hasta la del marido viviendo con su mujer en la casa de su suegra, han sido admirablemente definidas por el vulgo bajo el significativo dicho de «hallarse *entre* dos fuegos.»

Semejante á esta existe tambien otra ex-

presion inventada por el mismo uso vulgar y en aplicacion á situaciones análogas.

El hombre desgraciado, el amante celoso que teme y á la vez quiere hacer suyo el objeto de su cariño, la mujer que habiendo ocultado su edad se vé un dia en la precision de descubrirla, el buen padre de familia solicitado á un tiempo por una esposa fea y una querida guapa, la honesta doncella defendiéndose con su pudor y á la vez teniendo á la vista un brillante aderezo de tentador atractivo, el actor silvado por el público y defendido por el empresario, el huésped luchando entre la idea de la calle y la de su patrona, todos estos y algunos mas que omito están, segun el vulgo, «entre la espada y la pared.»

El acto de hacer con regularidad alguna cosa, como v. gr. fumar cigarros entre conversacion y conversacion, apurar copas de vino entre cigarro y cigarro, comer un plato de carne entre dos de pescado, sorber un polvo de tabaco entre rezo y rezo, todo aquello, en fin, que consiste en hacer periódica y repetidamente una misma cosa entre otras varias, ha sido conocido vulgarmente con el célebre proverbio «entre col y col lechuga.»

Para el vulgo, todos los grandes trastornos verificados en las asambleas populares, todas las revoluciones, todas las desavenencias entre las familias, todas las disputas, todas las rencillas, todos los desafíos, ocurren siempre «entre dimes y dretes.»

La voz «entre» pues, bajo el punto de vista en que la estamos considerando, es sin duda alguna el complemento de todos aquellos dichos populares que, con mas exactitud que la Academia y que cien académicos, dan á conocer los objetos determinándolos y haciéndolos á todos mas visibles.

Segun la Academia, la escasa flexibilidad del castellano idioma no se ha prestado nunca á los términos compuestos; y sin embargo el uso vulgar, ayudado de la voz «entre» ha formado el entre-dicho, el entreacto, el entrepuente, el entresijo, el entretejido, la entrevista, las entretenidas, el entresuelo, el entreabierto y la entrepierna, y otros infinitos que seria prolijo enumerar.

La Academia de la lengua para calificar al hombre de ruines procederes no conoce mas palabras que las de malhechor, malvado, criminal, etc.; el vulgo lo determina con mas gracia y de un modo mas enérgico diciendo que tiene *malas entretelas*.

La Academia en un principio no supo significar de una manera bastante exacta y concisa al hombre de genial abierto y comunicativo hasta tanto que el uso, acudiendo en su auxilio, lo llamó *entremetido*.

El académico se *previene* en contra de alguna persona; el vulgo la toma *entre ojos*.

El primero *vacila*, el segundo se halla siempre *entre dos aguas*.

¿Quién ha podido nunca calificar al borracho con mas decencia que el vulgo, diciendo que se halla *entre Pinto y Valdemoro* ó *entre dos luces*?

Un académico podrá en buena hora comerse un plato de arroz; pero el vulgo hace más, el vulgo se lo tira *entre pecho y espalda*. —Cuan enérgica y feliz no es esta expresion?

Una de las mejores comedias de Francisco de Rojas lleva por título *Entre bobos anda el juego*; y entre los dramas modernos, cuánta popularidad no ha alcanzado *Entre mi mujer y el negro*?

No hay que dudarlo; la palabra «entre» es el elemento mas esencial del circunloquio y de la atenuacion; el mejor auxilio de la tartamudez y de la incertidumbre; el recurso mas hábil del tropo y del enfemismo. Si del vocabulario del pueblo, si de ese que hemos llamado antes idioma de los proverbios, valiera hacer una individualidad humana, una personificacion, diriamos que la palabra «entre» era el alma de esa individualidad.

Entre amigos no hay cosa para el vulgo que no deba ser olvidada. Uno profiere á otro una injuria y este, que atendiendo á la voz de su honor, debiera tomar venganza, se contiene sin embargo escuchando la del vulgo, que le dice: Bah! *entre amigos*... Fulano deposita en Zutano toda su confianza haciéndole partícipe de un secreto grave, de un crimen, por ejemplo; Zutano, si es hombre honrado debe al punto evitar su impunidad revelándolo á la justicia, pero bien pronto la opinion del vulgo le hace desistir de su idea, diciéndole: ¡Hombre, *entre personas decentes*!... Un empleado del gobierno no debe tampoco sacar nunca á la colada los trapos sucios de otro empleado porque ¡*entre compañeros*!... *entre buenos camaradas*... Los hijos de un mismo padre deben tambien, segun la pública opinion sufrirse mutuamente sus caprichos sus impertinencias, hasta sus iniquidades, porque, ya se ve!, *entre hermanos*!... Y así sucesivamente, todo lo ocurrido entre amigos, entre hermanos, entre consortes, entre compañeros, etc. lo suelen en resumen apreciar el vulgo como una *nada entre dos platos*.

Con lo dicho me parece que no habrá ya quien ponga en tela de juicio la importancia del ENTRE. Pero si aun hay quien se atreva á ponerla en duda, concluiremos este artículo recordando: que la condicion de la belleza es la conveniencia *entre* los medios y el fin; que la única ley del sublime es, segun Cousine, la discordancia

entre los sentidos y la razón; y en fin, que la redención del género humano se verificó entre dos ladrones.

J. P. Tejera.

CASOS.

Mi amigo D. Canuto se enamoró de Juana como un bruto; y tanto la siguió, tal fué su asedio, que se casó con Juana al mes y medio.
Siempre el hombre ¡oh Fabricio! corre desalentado al precipicio.

Por no salir de casa en todo el día enfermó D. Manuel de apoplejía, y á D. Juan por salir á troche y moche le dieron un trancazo la otra noche.
Aquí probado vemos que siempre son viciosos los extremos.

El señor don Gabino amaba á una modista por lo fino, y Paz, que así llamaban á la hermosa, fingiendo á don Gabino con gran arte la pasión mas completa, después de no dejarle una peseta se marchó con la música á otra parte.
Y dice don Gabino hecho un fideo:
¡Solo en la paz de los sepulcros creo!

Al salir del Real el buen Garcia, cogió una pulmonía; y aunque le dió la muerte, por su fortuna negra, aun tuvo don Gaspar mas triste suerte, que al salir del Real cogió una suegra.
Si quieres evitar todo fracaso, al ver á una mujer ó al sentir frio, lector, aprieta el paso.

Una Gloria elegante y hechicera dió á Gil una castaña de primera, y otra Gloria gentil de medio pelo le ha dado un solemnisimo camelo.
Con razon merecida desprecia Gil las aglorias de esta vida.

Carlos Cano.

NOVELAS DE C. PAUL DE KOCK.

UN PARISIEN EN ANDALUCIA.

(Continuacion.)

Mariquita se fué; Federico se esperaba de ella lágrimas, exclamaciones, gritos, tier- nas súplicas para retenerlo, y se felicitó por el feliz resultado de su tentativa. Sin embargo, habia observado bien que la be-

lla andaluza solo retenia las lágrimas por orgullo, por dignidad, y casi tuvo remordimientos de abandonarla.

Al ponerse el sol todo estuvo pronto para la partida del jóven francés. Pero antes de alejarse de la casa donde tan dulce hospitalidad habia encontrado, quiso tener su última entrevista con Mariquita en aquel mismo bosquecillo de rosales y naranjos donde pasó momentos tan felices. Allí Mariquita ya no pudo contener su pena, abrazó á su amante contra su corazón y fijos sus ojos en los del francés, le dijo con acento delirante:

—Por Dios, Federico, no me abandones; Dios te va á castigar... esto te va á traer alguna desgracia....

Federico se turba, titubea, pero al fin responde;

—Es necesario, Mariquita, es necesario. Tengo que ir á Francia.

En esto un pequeño ruido agitó el follage; Federico se volvió pero no vió á nadie.

La andaluza entonces se levantó, enjugó las lágrimas que caian á raudales de sus ojos, y le dijo con aire resuelto:

—Partid, pues; no quiero importunaros mas; y se alejó en seguida.

Federico, aunque sorprendido por tan brusca despedida, no creyó prudente prolongar ya mas la entrevista.

Todo estaba dispuesto; en el zaguan una mula aparejada y al lado con el equipaje un criado, que debia acompañarle hasta la vecina ciudad, donde iria á buscarlo el taciturno Ornegro para servirle de guia. Este se hallaba á la sazón fuera del cortijo.

Púsose en camino, dejando á su mula marchar al paso. Para llegar á Andujar tenia que atravesar el bosque por donde hacia algunos meses habia pasado con Perico en la perezosa Catalina; entraron en él, pero aun no habia andado el francés trescientos pasos bajo la sombra oscura de los espesos árboles, cuando oyó zumbar á su oído la bala de una escopeta. El tiro le habia dado en la cabeza; vaciló un momento y cayó al suelo. La mula, sin espantarse, se puso tranquilamente á comer los retoños de un naranjo.

Federico, que no habia perdido el conocimiento, necesitaba auxilio de alguien para salir del bosque; él solo no podia tenerse en pié. Afortunadamente no tardaron en llegar algunos jornaleros, que reconocieron en seguida al francés por haberlo visto en el cortijo, y excusando vanos ofrecimientos lo llevaron en hombros hasta la casa de la bella andaluza, quien á la vista de su amante herido, pareció olvidar su anterior ingratitud y

su abandono, y le colmó de caricias mientras con gran ternura le prodigaba las frases mas dulces de consuelo.

La herida no ofrece gravedad, pero algunas postas han atravesado la mejilla y es de esperar que quede la señal para siempre. El jóven se hizo traer un espejo y suspiró tristemente.

—Una cicatriz en la cara!... voy á quedar desfigurado para toda mi vida!.

—Para mí siempre serás el mismo, querido Federico, te querré aun mas si es posible, dijo Mariquita estrechando la mano de su amante: pero esta muestra de cariño no consuela al francés que se desespera pensando en su cicatriz.

A los quince dias Federico estaba ya bueno; solo le mortifica la señal que le queda junto al ojo derecho, aunque Mariquita le jura que aun con ella es tan guapo como antes y que en nada le afea, antes bien da mas animacion á su expresivo rostro. Ella entretanto ha desechado su tristeza y ha vuelto á recobrar sus colores, creyendo que su amante no volverá á pensar en abandonarla, mas una mañana se le presenta Federico y vuelve á decirle que se marcha.

El rostro de la andaluza se tornó sombrío y triste, pero digno.

—Todavía pensais en abandonarme!.... ya visteis que el cielo os castigó; no os espongaís de nuevo, no tenteis á Dios, Federico!....

El francés se rió de los temores de la jóven, atribuyendo el suceso del bosque á una equivocacion de algun cazador inexperto; á haber sido un ladrón ó un asesino hubieran ido hácia él cuando estaba desfallecido en el suelo. No habia motivo de temor. Hizo, pues, sus preparativos de viaje diciendo:

—Mañana volveré á atravesar el bosque y estoy seguro que no me ocurrirá ningun contratiempo en el camino.

Mariquita enjugó sus lágrimas, y ni siquiera probó á torcer con súplicas y llantos la resolucion de Federico; sabia muy bien que hubiera sido inútil.

Al dia siguiente al caer el sol volvió el jóven á emprender su marcha hácia Andujar, caballero sobre una briosa mula, y se dirigió tranquilo al bosque, sin que el recuerdo de su anterior aventura le causase el menor recelo. Solo de cuando en cuando murmuraba entre dientes: —Nécio!.... haberme tomado por un conejo.... por una liebre acaso!.... pero es claro que estas cosas solo pasan una vez en la vida!....

Sin embargo, apenas entró en el bosque, Federico oyó el estampido de un arma de fuego, y una bala vino á romperle la

rodilla antes de que hubiese podido notar de donde partia el tiro.

No cayó de la mula, y entre horribles dolores, pudo volver á casa de la bella andaluza.

Allí volvió de nuevo á abatirse y á delirar como antes. Mariquita hacia todo lo posible por aliviar sus sufrimientos; lo llenaba de caricias y de lágrimas, le cubria de besos, y él concluía por decir: —Aun soy demasiado dichoso en mi desgracia, siendo querido con tanta ternura.

Esta vez la herida de Federico fué mas grave y tuvo que hacer cama durante seis semanas. Cuando se levantó restablecido vió que su pierna izquierda estaba agarrotada y que tendria que andar cojeando toda su vida.

¡Qué desesperacion para un jóven de veinticuatro años, elegante y apuesto como nuestro francés! Federico se echó sobre una silla desolado: —Con que me quedaré cojo para siempre! qué desgracia!.... mas quisiera morir!....

Mariquita estaba allí, como siempre, para consolarlo. —Y qué importa? no te quiero yo como siempre? Tu herida te da á mis ojos cierto aire interesante. Queriéndote yo, qué te importa todo lo demás?

Sin embargo, Federico estaba siempre triste, y siempre suspirando con amargo desconsuelo.

A poco salió á dar una vuelta por el jardin. Ornegro sonrió con un aire de malicia infernal al ver al jóven francés arrastrando su pierna. Vamos, se dijo este, parece que á mi rival no le dá gran sentimiento mi desgracia.

(Se continuará.)

Hé aquí como se amuebla generalmente el aposento de una jóven soltera. La cama y la mesa de tocador deben estar medio ocultas entre cortinajes de muselina blanca, sujetos con lazos azules ó rosa. Si estos cortinajes fueran obra de la dueña del aposento, tendrian doble mérito. Un reclinatorio, un armario de espejo, una mesita de noche, un pequeño buró, un costurero, sillas y taburetes completan su adorno. Todos estos muebles deben ser sencillos, de forma lijera, y no brillar mas que por su esquisita limpieza.

Inútil es decir que el armario de espejo puede reemplazarse con otro mueble cualquiera en donde se guarden las ropas de diario. Algunas obras escogidas en un estante de madera, igual á la de los muebles, y adornado de lambrequines, algunas macetas en el balcon, algun pajarillo en su jaula, darán una idea excelente del

carácter de la persona que debe habitar en aquella estancia.



Aproximándose la época de los bailes, nada puede ser mas útil que saber cómo se limpian los zapatos de raso blanco. Esto es muy sencillo. Se toma un tarugo de algodón, empapado en espíritu de vino, y se frota con él el zapato, secándolo después con otro tarugo de algodón seco.



Leemos en el folletin de un periódico local: «.....el castillo se alzaba de entre un grupo de inaccesibles rocas que coronaban la parte mas baja.» Que es como si dijera: «El rey llevaba majestuosamente la corona en los tobillos.»



Se ha presentado á la Diputacion una exposicion suscrita por los Sres. Sobejano, Dubois, Gil Montejano, Garcia, Atalaya, Meseguer, Mauricio y Alarcon, pidiendo á aquella corporacion que vuelva sobre su acuerdo en la pension de la pintura, por ser á todas luces injusto, y mas que todo porque sentando este precedente queda muerto en Múrcia el arte, que aquí empezaba á vivir con ese estímulo. Creemos, como otras veces hemos dicho, y como ha dicho tambien «La Paz de Múrcia», que tienen los solicitantes razon que les sobra, y que la Diputacion debe volver sobre su acuerdo, y sacar la *pension* á oposicion, como piden.



Se anuncia para dentro de poco tiempo la boda de un apreciable jóven, médico de Cartagena, con una preciosa señorita hija de un conocido farmacéutico y hombre político de esta ciudad.



Ha sido favorecida nuestra redaccion por la «Revista Sevillana,» de Sevilla; «La España Musical,» de Barcelona, «La Mode de París» y «L'élégance Parisienne.» Damos las gracias por sus visitas á nuestros colegas, y á nuestros abonados avisamos que á todos estos periódicos, demás que tenemos anunciados y restantes que se publican en España y en el extranjero hace suscripciones el antiguo establecimiento de la calle de Zoco, en Múrcia.



Como varios colegas locales, hemos recibido por conducto del Sr. Jefe de Fomento, una notable circular suscrita por el Sr. Marqués del Duero, pidiendo nuestra pequeña colaboracion en los trabajos de la Exposicion de Viena.

Excusamos ofrecer estas modestas columnas para tan patriótico pensamiento, pues nuestra revista siempre tendrá una singular satisfaccion en prestar su insignificante apoyo á todo lo que sea digno y noble y redunde en bien de nuestra querida patria.



Diz que salió D. Rufino
á viajar para instruirse
y diz, como es de inferirse,
que nécio fué y nécio vino.
Disputé si era viajero,
y un juez pronunció este fallo:
—Lo es, otro sí, el caballo
que ha sido su compañero.



Y VA DE CUENTO — Una vez iban á enterrar á la mujer de otro, á quien creian muerta, pero al llevarla al cementerio tropezó el cadáver con unas zarzas que habia en el camino, y sus picaduras la despertaron de su letargo, y vivió después algunos años. Pasados estos, murió la infeliz de una enfermedad que le sobrevino; cuando la llevaron á enterrar encargó el marido con muchas veras á los conductores que no fuesen por donde hubiera zarzas. De los escarmentados.....



En el establecimiento de EL CHOCOLATE está próxima á recibirse una remesa de chocolate de *Revalenta*, cacao con leche condensada, y chocolates al extracto, extrafinos y superiores, los cuales solo se encuentran, como es natural, en nuestro establecimiento.



En el reparto de la funcion que anoche se puso en escena en el teatro de Romea figuran trece artistas, con acompañamiento, además, de «señoras inglesas, indias, caribes, doncellas, casadas, viudas, marineras, acreedores, calaveras, indios, sacerdotes antropófagos, chiquillos, gentiles hombres de casa y boca y otros segundos caribes.»

¿No es verdad que son muchos indios, muchos ingleses, muchos hombres de casa y

boca, muchos caribes y muchos acreedores, para el Sr. Ros?



Sabemos que uno de nuestros colaboradores se ocupa en formar una minuciosa lista de las personas que toman tabaco de rapé en Murcia, la que tendremos el gusto de publicar en uno de los próximos números.



En el teatro.—Qué te parece la voz de la segunda tiple?

—Agradable, pero canta tan bajito..

—Y la Morera?

—Esa canta tan alto...

—Y del bajo?

—Oh!... el bajo...

—Y de Navarrete?

—Ese no vé mas allá de sus narices.

El papá.—Silencio, niñas, y dejádmelo oír vociferar esta zarzuela.



Desde 1.º de diciembre se abrirán al público las clases del Conservatorio de Artes creado en la Universidad. Damos la mas cumplida enhorabuena á los autores de tan patriótico pensamiento, de quienes Murcia conservará siempre un grato recuerdo.



En un exámen de física:

—¿Cuántos son los estados de los cuerpos?

—Tres.

—Y son?...

—Soltero, casado y cesante.

—Cuál es el cuerpo mas poroso?

—La estera.

—Aprobado, Este chico tiene grandes disposiciones para ministro.



ENIGMAS.

1.º

¿Quién es una hembra triste,
muy secreta y reposada
de cuerpo y alma privada,
que de negro traje viste,
y de tristes es amada?

2.º

Aunque decís que soy puerta,
jamás tuve cerradura
ni clavos, estoy abierta;
es esférica mi hechura
con dos orejas cubierta.



CHARADA.

Antiguísimo vehículo
es la primera y tercera;
dos y tercia de seguro
en el tocador se encuentra;
tercera y prima en el monte,
y en estas noches tan frescas
á la vuelta de una esquina
el todo traidor acecha.



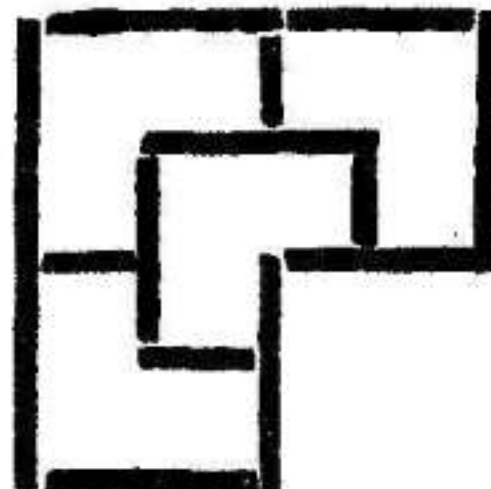
SOLUCIONES.

Del salto de caballo del número anterior, remitida por D.ª Crispina Sanchez, de Alhama, y señora D.ª Angeles Martinez, de Caravaca.

Doña Juana en mil pependencias
sostiene que á la mujer
so la debe conceder
el dedicarse á las ciencias.

Mas si el gobierno accediera
á una exigencia tan vana
dar debia á doña Juana
título de bachillera.

Del problema de dicho número, enviada por las Srtas. de Saurin, D. T. M. y D. J. L. S.



De la charada del indicado número, remitida por D. R. C. Ch.

SALDO.

En el sorteo de lotería del día 18 del actual ha obtenido el premio mayor el número 1385: han sido agraciados con los regalos que da el CHOCOLATE en cada sorteo sus suscritores D. José Selgas y Carrasco, D.ª Catalina Martinez y D. Rafael Pérez Sanchez que tienen en la lista los números 85, 185 y 285. Dichos abonados pueden mandar recoger sus correspondientes obras.

Para el próximo sorteo del día 27 se destinan las siguientes: *El río de Sangre*, por D. Estéban Hernandez y Fernandez; *el amor de un ángel*, por don Ramon Ortega y Frias, y *La Fuente de las Gracias*, por D. Estéban Hernandez y Fernandez.

A los suscritores de fuera

que aun no han abonado el trimestre les rogamos el envío de una letra de dos pesetas y remitiéndoles el recibo sabrán el número que tienen para los sorteos.